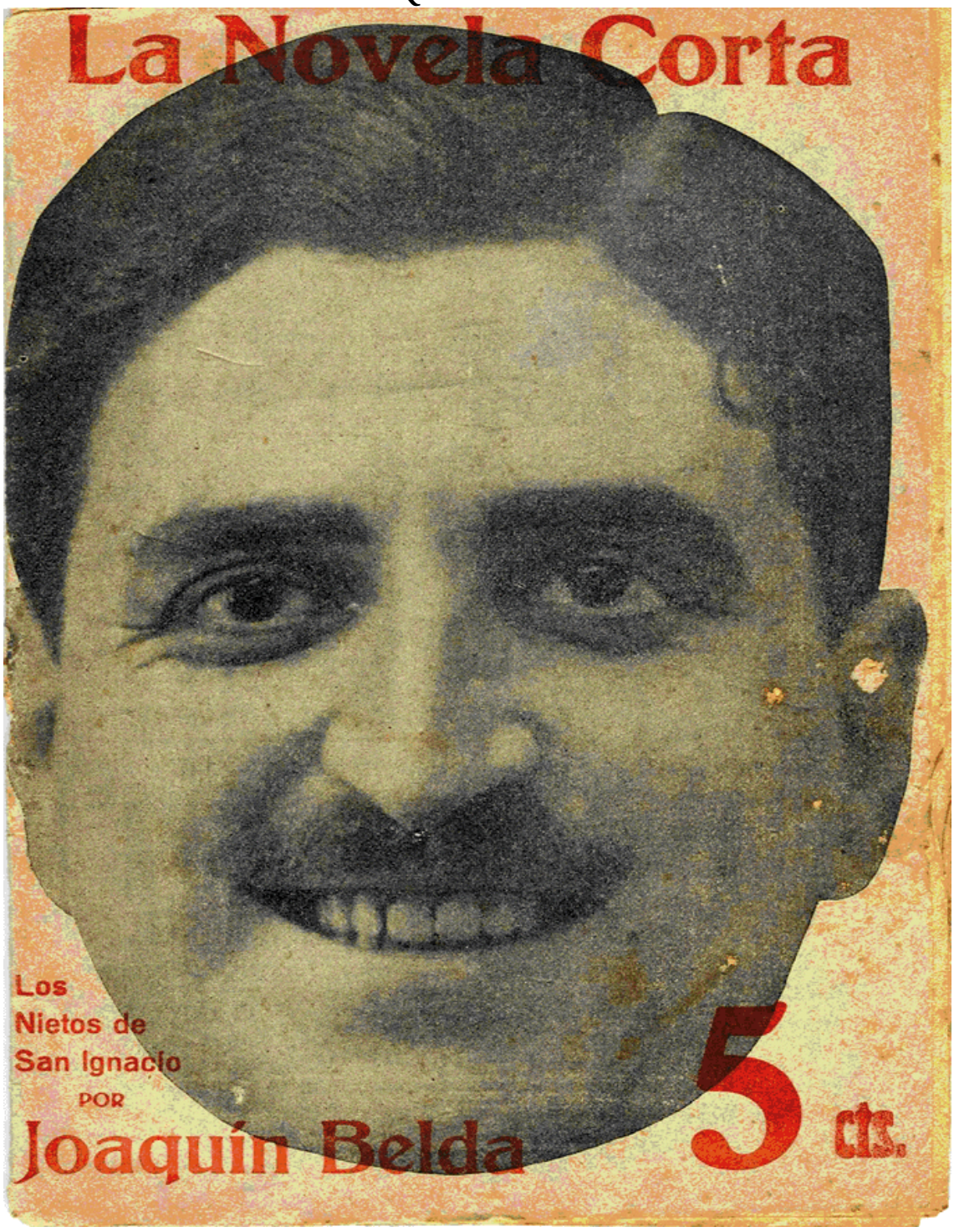
LOS NIETOS DE SAN IGNACIO
JOAQUÍN BELDA



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

* Obra Inédita enviada por usuario.

Librodot

Los nietos de San Ignacio

novela inédita por

Joaquin Belda

-Señor German, que es recta?
Se puso de pie un ehicarron desgarbado, con lentes y el pe!o rubio, al cual el nombre de German le caia como sombrero fabricado a medida: parecia un golfo de las margenes del Rhin. El padre Clavel, al notar que su pregunta habia caido en el vacio, la repitio imperturbable:
-¿ No sabe Usted que es linea recta ?
El señor German miro a la pizarra colocada detras de la mesa del profesor, donde la mano de este acababa de trazar una linea recta limitada por los puntos A y B. Esperaba, sin duda, que de alli le viniese la inspiracion como un rayo divino; torció la boca, bajó la cabeza e inicio una respuesta:
-Recta es...
En la clase se alzo un murmullo de asombro. ¡El señor German iba a contestar a una pregunta ! El caso era tan insólito como seria por ejemplo que al hermano Pedrell dejasen de exhalarle las extremidades abdominales un pronunciado olor a cementerio de grajos.
-Recta es... la recta A B.

Fue una explosión de risas y chuflas contenidas. El padre Clavel impuso silencio, y cuando lo consiguio hablo con su voz dura y melodiosa a un tiempo;
-¿ Conque recta es la recta A B ? Perogrullo no hubiera contestado otra cosa si hubiera estudiado Matemáticas.
Nuevas risas, ahora de coba al profesor, sobre todo algunaa de ellas, como las del señor Jiménez, por ejemplo. El simpático padre continuó:
-¡Claro! Si en vez de dedicarse a cuidar la jaca y a echarle píenso dedicara usted algunos ratos a estudiar, no daría usted esas respuestas.
El señor Germán sintió, sin duda, ofendido su amor propio, y, torciendo la boca como siempre, replicó, arrastrando mucho las palabras:
-Gracias a Dios, tenemos criados en casa que hagan esos oficios.
Ahora eI murmullo fue de terror. La contestación envolvía un aire tal de rebelión que toda la clase sintió la proximidad de la tragedia. El padre, que sin duda no esperaba aquello, contuvo al principio la ira:
—¿ Sí, eh,? Pues a mí me han dicho que usted se mete por una puertecita excusada y se pasa en la cuadra la mayor parte del dia.
Ahora, el rebelde no replicó. El padre, con la palabra encendida, le echó un sermón sobre el orgullo, hermanado con, la torpeza, capaz de consternar al mismo Luzbel. La clase entera temblaba como si aquellos truenos no retumbasen sólo sobre la cabeza del señor Germán.
Indudablemente, era el más torpe de la clase. Pertenecía al grupo de los externos; es decir, de los alumnos que sólo iban al colegio a las clases y a misa; pero sobre los cuales ejercían los padres. una vigilancia de todas las horas y minutos de su vida, que en la pequeñez del pueblo de Hortichuela no era, después de todo, un prodigio de astucia.
La familia del señor Germán era de las más ricas de la ciudad, y .el muchacho cifraba todas las alegrías y todo el orgullo de su vida en poseer y montar la mejor jaca, que, según él, comía pienso en toda la provincia da Alicante. Raro era el jueves o domingo en que, durante el paseo de los internos, no se tropezasen éstos con el hipógrifo del muchacho corriendo como loco por las calles cual si quisiera alcanzar la meta de un «handicap» imaginario. La cosa no era un pecado ciertamente. y lo seria mimos si el chico no hubiera hecho de ella el objeto único de su paso por la tierra; lo que al padre Clavel le exasperaba -como antes le había ocurrido a sus otros profesores- es que una criatura que tan bien manejaba el bocado y la media caña, no supiera luego, ni por casualidad, que los ángulos todos de un triángulo eran equivalentes a dos rectos.
Pasó el nublado y el padre, no queriendo por lo visto más juerga aquella tarde, encargó al señor Jiménez que explicase lo que faltaba de la lección. Con éste no había cuidado: en los cinco años que llevaba de estudios ni una sola v*ez* había dejado de darla sin un punto y de corrido. Él maestro le dejo hablar casi sin hacerse cargo, como el que oye el rumor del caño de una fuente, que tampoco se equivoca nunca; abrió la libreta, que el llamaba del jabalí por tener uno de éstos pintado en la tapa, y. en la cual, según él mismo decía, estaba la historia académica de cada alumno, y apuntó en la página del señor Germán algo que nadie supo lo que era, pero que desde luego podía afirmarse que no era ningún madrigal.
En si recreo de aquella tarde, y entre los alumnos de cuarto año, que eran los más jóvenes de la primera brigada, no se habló de otra cosa que del incidente del señor Germán. Todos estaban aterrados. ¡ Contestar de aquel modo al padre Clavel ¡ Seguramente que le expulsarían del colegio. Pero Gómez, Alfonsito Gómez, el niño guapo, que parecía estar siempre en el secreto de todo, y que nunca se equivocaba, afirmó con petulancia :
-¡No ser tontos! ¡Qué lo han de echar! Lo primero que hará el padre Clavel es callarse y no hablar con nadie del asunto... Si hubiese sido el padre Fernández, ese si se la hubiera guardado a Germán; pero, ¡el padre Clavel!... ¡Si es más bueno que el pan!
Con el libro de rezos en la mano y camino de la huerta del colegio, que era su paseo favorito, pasó de prisa el padre Clave! por el andén que separaba los patios de recreo de las tres brigadas, y tan cerca de la primera que casi oyó lo que Alfonsito Gómez decía de él. Los chicos le saludaron con afecto, y él contestó sonriente, aunque sin darse por aludido.
Realmente, era bueno el bendito hombre, y a pesar de serlo no tenía nada de tonto. Era uno de los pocos—o de los muchos ¿por qué no?—que habían ingresado en la Compañía de Jesús con

plena y absoluta buena fe, seguros de que solo en su seno podrían servir a Dios acá en la tierra y gozar de su presencia allá en el cielo cuando les llegase la hora de diñarla. Sin un gran desengaño de esos que desgarran un alma; sin un fracaso sentimental de los que justifican todas las renunciaciones, había abandonado su carrera de ingeniero industria! en Barcelona para engrosar las huestes de los Ignacianos, como quien se muda de casa porque comprende que el piso en que vive tiene demasiadas pretensiones. Quería a los alumnos como a hijos propios, y al pensar en que una sola de aquellas almas tiernas pudiese el día de mañana condenarse y sepultarse para siempre en esa reino de la calefacción central exagerada que los poetas llaman Infierno, sentía terrores de locura, como si fuese su propia carne la que ya estuviese en las parrillas de Botero.

La Orden lo había nombrado profesor de Matemáticas, y él, entre la exposición de las ecuaciones de primer grado o la descripción de un romboedro, intercalaba, sin poderlo remediar, una tos a la pureza del alma o una excitación a la frecuencia) de la Sagrada Comunión. Y un dia de la la Purísima en que le tocó el sermón solemne en la fiesta religiosa de la tarde, exaltóse da tal modo en el pulpito pidiendo a la Madre de Dios la salvación de todos los allí presentes, que hubo de retirarse a ía sacristía deshecho en lágrimas y con las couvulsiones de un ataque nervioso.

No era un patán como aquel hermano Pedrells que: había ingresado en la Compañía para comer caliente todos los días del año, ni un sexsual como el padre Macario, que- so tomaba al día cuatro cajas de rapé y tenía relaciones con la confitera gorila de la calle de los Portales, ni un caso patológico como el de! padre Gambola, que gozaba con espasmos sádicos martirizando a los chicos más débiles y enfermizos, teniéndolos de pie días enteros, y viéndolos temblar de miedo por las noches en la soledad de un corredor... Era un hombre bueno y un alma noble, y los chicos, que adivinaban esto casi por instinto, le querían como el reo quiere al defensor, y al llagarle padre le daban un sentido camal a la palabra, que al aplicarla a Gambola, por ejemplo, se les atravesaba siempre en la boca como una raspa de bacalao.

Se jugaba al balón, y Alfonsíto Gómez, da tanto darle a la enorme pelota con el pie y con la mano, tenía ya las mejillas como dos tomates, aumentando así el atractivo de su faz de muñeca. Aunque esparcidos con libertad absoluta por todo el patio, el círculo más grande de jugadores se formaba siempre en torno a Alfonsito, sin que los chicos mismos se dieran cuenta, como el astro que atrae para girar en su órbita a una porción de satélites; el recibía aquel mudo homenaje con indiferencia, y también se dejaba querer con absoluta frialdad cuando alguno de los compañeros, al coger un balón que había caído a los pies de Alfonso, le rozaba las piernas con las manos o le daba un empujoncito cariñoso.

El hermano Pedrell miraba todo aquello con serena complacencia. ¡Oh, el compañerismo! ¿ Qué cosa mejor que aquella corriente espiritual de afecto mutuo que hacía hermanos en el cariño a los que ya lo eran en Dios Nuestro Señor y en estudios y prácticas cristianas? Consideraba aquello como su obra, y al sorber un polvo de rapé de su cajita, alzaba los ojos al cielo, como dando gracias a su padre San Ignacio, que le permitía recoger acá en la tierra el fruto de sus desvelos,

Ante él, y de pie junto a la baranda que separaba los retretes del patio, de espaldas a éste, ¿cómo no?, estaban los castigados, los privados de recreo y de «deogracias» en la comida por haber tenido e! sábado anterior notas inferiores a «1», o simplemente por haber hecha una travesura en el curso de la semana.

Eran cinco, y entre ellos estaba Federico Anglada, pálido, con los ojos siempre muy brillantes, a quien le habían puesto una <0> como la boca de un túnel, en «Urbanidad», no se sabia por qué. Los réprobos a quienes así se separaba temporalmente del contacto con sus compañeros, sin duda para que no los mancillasen con el aliento da su iniquidad, sufrían, a más del martirio de no jugar, otro doble tormento, al lado del cual los inquisitoriales inventados por el dominico Torquemada eran simples figuras de cotillón, pues ocurría, que por su proximidad a los retretes, de los que les separaba un metro escaso, habían de aspirar durante todo el recreo el perfume que de tan infectos mechinales se exhalaba, y por sí ello era poco, la vecindad do los pies del hermano

Pedrell les transportaban con el vehículo de la imaginación a un almacén de asafétida o a la planicie de un campo de batalla, en el que los sepultureros se hubieran declarado en huelga.

Pero, por lo visto, todo ello era necesario soportar para «hacerse hombre», que, según la frase hecha de sus respectivos papas, era para lo que había ingresado en el Colegio de Santo Domingo, de la ciudad de Hortichuela.

* • *

La sala de visitas estaba llena en este penúltimo domingo de Octubre: los colegiales, al día siguiente iban a empezar los ejercicios espirituales y las familias acudían a visitarlos en número mayor que de ordinario.

Fuera de las grandes fiestas de! colegio las dos Pascuas, la Purísima, etc., no se veía nunca tan concurrida la amplia habitación: los chicos, según precepto terminante de San Ignacio, habían de olvidarse en absoluto hasta de sus propios padres en los días de los ejercicios para no pensar más que en las verdades eternas, y por ello sin duda las familias acudían a besuquearlos y despedirlos para aquella especie de muerte de siete días.

Los que tenían a sus familias en Hortichuela las veían casi todos los domingos, pero en el de hoy habían venido también muchas forasteras, de Murcia, de Cartagena, de Alicante y hasta de los pueblos más apartados de la provincia, y allí estaban, haciendo vivir por unas horas a los pequeños su vida de hogar, de la que, por una aberración que era casi un delito, estaban alejados en la época del vivir en que más falta hace.

Era un consuelo momentáneo, amargado por la perspectiva de la pronta separación: los hermanos más pequeñitos, que aún no estaban en edad de ingresar en el colegio, jugaban con el mayor, a quien miraban con cierta admiración no exenta de envidia; los padres, más graves, no cesaban de aconsejar a los chicos, presentándoles como algo fatal e irremediable su encerrona en el colegio, y las mamas, también convencidas de aquella fatalidad, miraban a sus retoños con ojos de ternura, ofreciendo a Dios aquel nuevo sacrificio de los instintos maternales como un dolor más sobre el que habían pasado para echarlos al mundo,

Pero había una clase de alumnos, veinte o treinta en todo el colegio, que no gozaba ni siquiera de esta dicha pasajera en los nueve meses que duraba el curso. Eran los que tenían sus familias lejos, en Madrid, Barcelona y acaso más allá: como ai sobre ellos pesase una maldición siniestra, no sabían lo que era aquello de ver llegar al padre o al hermano para interrumpir la monotonía triste del pensionado, ni gustaban el agrio dulzor de aquellas despedidas en que flotaba como estribillo de ansiedad la frase inevitable:

-¡ Que volváis pronto!

De Junio a Septiembre no había para ellos más trato con sus familias que el fugaz de unas cartas escritas los domingos, y para eso leídas por el padre rector antes de salir para su destino, como también leía las que de ¡as familias llegaban para los chicos. Ni aun a recogerlos venían al llegar la época de las vacaciones, como tampoco habían venido a traerlos en el mes de Septiembre: un padre del colegio se encargaba de irlos recogiendo o dejando en las estaciones del ferrocarril, como Un ganado que se manda en pequeña velocidad confiado a la custodia de un pastor. Era una orfandad absoluta que duraba nueve meses cada año.

La familia de Alfonsito Gómez residía en Hellín, y quería tanto al lindo vastago, que apenas pasaban dos o tres semanas sin que bajase a Hortichuela a visitarlo. Con el padre y la madre, gravo y entonado como un magistrado aquél, hermosa con hermosura serena ésta, venía una hermana, colosal chiquilla de diez y seis años que parecía haber venido al mundo para hacer pecar a los hombres. Era morena, con ojos como los arcos del puente del Segura, y con pechos y caderas acusados en promesa para un desarrollo de futuras opulencias; pero por encima de todos sus encantos corpóreos, que no eran pocos, estaba el imán irresistible de su mirada, que era un dardo envenenado.

Al notarse mirada en muda admiración por alguien, tenía la costumbre de clavar en él la vista en una especie de reto inconsciente, con una fijeza que era invitación y era desafío, y corría la fama de que jamás hombre alguno había logrado hacerle bajar los ojos, siendo

muchas veces ella la que forzaba a sus admiradores a mirar a! suelo, vencidos por el magnetismo de las pupilas..

Hay mujeres cuyo atractivo está en el conjunto: por ejemplo, la Venus de Milo y la superiora de las Oblatas del vecino pueblo da Vicálvaro. Son obras armónicas en las que la Naturaleza ha repartido sus dones como en un molde confeccionado de antemano. Otras, por el contrario, tienen la rara fascinación del detalla: ésta es lo helénico de la nariz, aquélla el encanto de las manos, unas y sabias como cónclave cardenalicio, la de acá es el gracejo de los andares y movimientos, la de mas allá el modo de colocarse las ligas. María, la hermana da Alfonsito Gómez, teniendo en su cuerpo cosas muy buenas, tenía ese detalle óptimo de la mirada retadora, que era un principio de locura.

Calcúlese el efecto que eso había de producir visto en una niña de diez y seis años, y dirigido a unos chicos en los que so estaba empezando a descubrir el misterio del sexo, con todas sus diabólicas iniciaciones.

Cuando la hermana llegaba a Hortichuela para visitar al hermano, y antes de que se presentase en el colegio, parecía como que los alumnos la presentían, la olfateaban en el aire, y ya el colegio todo se revolucionaba; y al verla luego en la sala de visitas, o al cruzársela por la calles de la ciudad en el paseo del domingo por la tarde, la revolución llegaba a su período álgido, y las conversaciones da los chicos no eran más que variaciones del mismo tema.

Ella se esponjaba, se encendía con mala grana a! verse deseada por todos, y miraba a los que más le agradaban con su tormentoso mirar de perdición. Pero casi siempre era uno el preferido: en la visita de boy le había tocado el sabroso papel a Antonio Monteros, el alumno de más edad del pensionado, que llevaba en la cara la señal inconfundible de la iniciación carnal, y a quien sus compañeros respetaban y escuchaban como un oráculo al tratarse de ciertas cuestiones, desde que, según contaba él como quien cuenta una epopeya, había estado las últimas vacaciones en cierta casa de Valencia, y, por lo tanto, la vida ya no tenia secretos para su sabiduría.

Esta mañana Monteros ocupaba con su familia el sitio contiguo al ocupado por Alfonsito y la suya, y él y María no dejaban de mirarse, sin que el chico prestase atención apenas a la conversación de su madre. Vivía ésta en la propia Hortichuela, y por ello no pasaba domingo sin visitar a! hijo.

Los padres del colegio, ¡claro está!, se sabían de memoria el efecto que la hermana de Gómez causaba en aquel rebaño de ovejas confiadas a su cuidado. Había dos, el padre Gambola y el padre Fernández, para los que la cosa constituía una verdadera obsesión: Gambola había llegado a tomar sus medidas con los de la primera brigada confiada a su inspección, tales como llevarles de paseo al campo, lo más lejos posible de la ciudad, los días en que la familia de Gómez estaba en Hortichuela, para evitar encuentros peligrosos, y formar las ternas para, el paseo de tal modo que Alfonsíto viniese a quedar en la última, al lado de la cual marchaba el patológico jesuíta toda la tarde, con lo cual dicho queda que los chicos que la formaban no podían hablar más que de estudios o de los preparativos para la concertación del día de la Purísima.

Como todas las de «don Bartolo», inútil precaución la suya: los muchachos, llena la retina de la imagen de Mariquita, se encerraban por la noche en las soledades de su camarilla y daban rienda suelta a las manos por las proximidades de los respectivos imperativos categóricos. Jamás mujer alguna recibió al mismo tiempo tamaño homenaje : más de cien criaturas virginales ofrendaban unánimes en el altar da su belleza, entregándole las primicias de sus naturalezas, que. andando el tiempo recordarían aquello como se recuerda la aparición del primar capullo en el rosa! que nuestras propias manos han plantado. ¡Ayl… Esto, y la primera vez que se ingieren las cápsulas de sándalo, son cosas que no se olvidan nunca.

A la mañana siguiente los chicos habían de hacer un mayor esfuerzo para dejar la cama: pálidos, ojerosos, derrengados, andaban todo el día como si les hubiesen vaciado la cabeza con un tubo de goma, o como si hubiesen asistido a una discusión de presupuestos. Y el padre Gambola, que se daba cuenta de todo ello, gozaba de un modo indecible al ver

castigada la orgía de la noche anterior con el suplicio de todo el día: y para aumentar el goce, les obligaba en el recreo a jugar a los carros, que era el juego en que los chicos más se fatigaban, y prodigaba durante todo el día, y con cualquier pretexto, los castigos, frotándose las manos de gusto.

Sonó a las doce la campana para poner fin a la visita matinal; al levantarse los chicos y las familias, quiso la suerte que a la madre de Alfonso se la cayese al suelo el manquito: para cogerlo inclináronse a un tiempo su hija y Antonio Monteros, que en aquel momento pasaba por su lado, despedido ya de los suyos. Lo cogió por fin María, y, al alzarse, rozó con todo su pelo el rostro del muchacho, que había quedado a su espalda; por un momento Antonio sintió las facciones acariciadas por aquel manto de seda: algunas hebras se le metieron en la boca, y él las saboreó con los labios: nariz adentro se le metió hasta el alma un. perfume de nardo que le recordó su calaverada de Valencia, sólo que estos cabellos negros olían mejor.

Siguió su camino atontado, como huyendo; al quitarse la bata que los chicos se ponían para las visitas se encontró al lado de Alfonso; quédosele mirando fijamente, y sin hablar palabra, fue a su lado hasta la puerta misma del salón de estudios. En todo el camino no había dejado de mirarle a los ojos.

Antes de que las brigadas bajasen al comedor, pidió permiso para ir al retrete a menores; entró en uno de ellos, y tardó tan poco en salir. Cuando lo hizo, le temblaban las piernas al andar, y miraba todas las cosas con ojos estúpidos, corno miramos a un acreedor cuando coincidimos con e1 en un ascensor o en la plataforma de un tranvía.

Los ejercicios espirituales eran siempre en el colegio el reinado de las sombras y de las agonías; el glorioso San Ignacio de Loyola, que en el fondo era un autor cómico de primer orden, quiso que sus hijos, y más tarde sus nietos, es decir, los chicos educados por Sus hijos, tuviesen durante una semana cada año una especie de ensayo general con todo del célebre drama del catolicismo, que podría titularse «Las penas del Infierno».

Cuanto hay en la religión romana de sombrío, con exclusión de lo mucho que hay en ella de luminoso y confortador, lo acumuló el ilustre soldado en la obra que escribió en su cueva de Manresa, y que, en efecto, como escrita en una cueva, le resultó una caja de betún en el fondo de una mina de carbón. Silencio absolutoria vista baja, la luz del sol velada en ventanas y balcones con paños y celosías, ocho horas de encierro en la capilla, en cuyo altar, de ordinario alegre y florido, agonizaba un Cristo sobre fondo negro, y entre dos cirios amarillos, como de capilla de ajusticiado... Esta era la «mise en scene» de los ejercicios espirituales. Agregad a ello la eterna meditación sobre la muerte y las penas del infierno, y un verdadero derroche de cantos funerales y plegarias, que por su tinta cadavérico parecían el repertorio de un cantador de flamenco, y comprenderéis que al lado de los citados ejercicios, el naufragio del «Titanic» y del «Lusitania» eran unos baños de asiento con ribetes voluptuosos.

Pero este año, Dios Nuestro Señor, en su infinita misericordia, se apiadó de los pobrecitos alumnos del Colegio de Santo Domingo de Hortichuela y... les envió para darles los ejercicios al Reverendo padre Lasquibal, de la residencia de Málaga. Sin duda, el Todopoderoso, discrepando en esta del padre Gambola, no creía que el gustar de los ojos y de la mata de pelo de la hermana de Alfonsito Gómez fuese pecado tan grave que mereciese la aflicción de una semana entera de penitencia.

No era usual que el padre encargado de, los ejercicios perteneciese a la comunidad del colegio; casi siempre venía uno de fuera, sin duda para que, no habiéndole podido tomar cariño a los chicos, los tratase como a pecadores empedernidos. El primer día, al ver aparecer al forastero en la plataforma de la mesita que servían de pulpito, los chicos se echaron a temblar: alto, huesudo, con las manos muy largas y como rematadas en punta cual las garras de Luzbel, con el rostro sombrío de un licenciado de Ocaña o del Peñón, el padre Lasquibal, que recordaba al don Basilio del «Barbero», tenía lo que los franceses llaman el físico del empleo.

Como verdugo, o como agente de pompas fúnebres, aquel hombre hubiera tenido un éxito clamoroso... Pero, apenas empezó a hablar, los chicos empezaron a darse cuenta de

que lo que tenían delante era la reencarnación más perfecta del célebre clown Tonni Grice, que nadie hubiera podido soñar.

Gracioso la era como el tío de más gracia que haya salido de madre, y conociendo, sin duda, el corazón de sus oyentes empezaba a desarrollar en serio un asunto para torcerlo de pronto con una pirueta hacia el prado ameno de la risa.

Aficionado al símil, lo explicaba todo con ejemplos y semejanzas, y así, para pintar la suciedad del alma, al verse manchada. por el pecado, no se le ocurría decir más que lo siguiente :

—Figuraos, hijos míos, que un joven se cae en una letrina, ¿ Cómo se atreverá a presentarse ante su madre, al salir de ella sucio, mal oliente, y habiendo perdido la blancura de sus vestidos?... Pues así está el alma cuando ha caído en el pecado.

No puede osar presentarse ante Dios porque está manchada y basta huele mal.

La comparación, como se ve, era digna de figurar en un tomo de «Pensamientos escogidos».

El Infierno lo definía a su manera, complicando en la definición un latín bárbaro, salido de su propia cabeza:

—Locus sine termínum, profundus sine fundum, plenum almondigorum imcomparabile. Ibi flatus, ibi fletus, ibi magnesia calcinata et horridam. indígestionem sine alivium.

Y cuando llegaba la hora del ejemplo, con que finalizaban siempre las meditaciones como el mejor argumento, se desbordaba su fantasía en verdaderos juegos malabares de, la incongruencia. Los protagonistas de sus cuentos tenían siempre nombras bizarros:

—Había una vez un joven llamado Julián de Panticosti... Erase un mancebo que se llamaba Fadrique de Rigoresco...

Claro es que si en la vida hubiera alguien que se llamara así se guardaría muy bien de salir a la calle, pues con apellido de naturaleza tan logográfica siempre es peligrosa la circulación por parajes habitados.

Como Esquilo, había creado personajes inmortales; uno de ellos era la vieja del pericón, figura casi mitológica, que se apareció en cierta ocasión a los oyentes de una misa en cierto pueblo de la serranía de Ronda, provista de uno de aquellos abanicos gigantes que usaban nuestras abuelas, y que igual servían para hacerse aire que para usarlos como bastón. La maldita vieja, con el ruido y el jaleo que producía con su armatoste, consiguió distraer a los fieles y privarles de oír la misa con devoción. Luego resultó que era el demonio, que había adoptado aquel disfraz de destrozona por ser más barato, que el de matador de toros, por ejemplo. En el «Fausto», de Gollete, hace Mefistófeles algo parecido.

Los chicos la gozaban de lo lindo, sobre todo cuando, ya en los últimos días, y al darles consejos espirituales para el porvenir, les decía con toda la gravedad de su vozarrón de chantre, y con el marcado acento andaluz de su estancia de varios años en Málaga:

- Hijos míos: en el mundo hay una clase de personas que no tienen más en que inducir al pecado a sus semejantes. Como los judíos que crucificaron al hijo de Dios, también querrán crucificar vuestra alma, pues no son más que eso, unos verdaderos judíos. Apartaos de ellos cuando veáis que se os acercan. No os fiéis de los judíos...

Hacía una pausa, y alzando los brazos hasta tocar el techo de la capilla, aumentaba el tronar de su voz, para agregar:

—¡Ni de las judías! Son cien veces más peligrosas y dañinas que los judíos.

Y venía la explosión, la locura de risas y de comentarios, que por unos minutos, convertían el sagrado de la capilla en un patio de recreo. Porque es de advertir que las judías, las clásicas habichuelas, en cuyo guiso era maestro el cocinero hermano Canalda, constituían el plato favorito de los chicos, que al verlas aparecer en las fuentes empenachadas de humo por el centro del comedor se frotaban las manos de gusto, cual si hubiesen visto meter de cabeza en un retrete al patológico padre Gambola.

Los de las brigadas segunda y primera, que, como mayorcitos, se servían ellos mismos las raciones, entraban a saco, como el Condestable en Roma, en los montones caldosos de

las simpáticas farináceas; como el alimento era barato, los inspectores y el padre Prefecto, que se paseaba, por el centro del comedor durante toda la comida, les dejaban hacer... Y luego, en las calladas horas del dormir nocturno, o en las solemnes y reposadas del estudio el ambiente se poblaba de flatulencias traidoras, que resonaban como las estridencias de un combate naval. Ya sabían ellos lo peligrosas y falaces que eran las judías El oírselo repetir ahora al padre Lasquibal les producía un júbilo extraordinario, y en medio de el había un chico que no se reía y se mordía los labios pensativo, y cerraba los ojos para abstraerse; era Antonio Monteros, que pensaba si María, la hermana de Alfonso, no seria una judía de aquellas peligrosas con su mirada de reina y el perfume de su mata de pelo, que era un narcótico. De reojo, miraba a Alfonsito, que estaba en el banco de la espalda, y que ahora reía como una locuela haciendo mohines con la boca.

Ello fue que los ejercicios de aquel año dejaron en el colegio una memoria de regocijo y de luz, con tremendo disgusto del padre Gambola, que se vio privado de una semana de orgiásticos placeres al no ver, como otros años, a los chicos llorando de terror al final de cada meditación, y espantados ante la plastica visión de la Muerte y del Infierno, que el padre Lasquibal, con sus dotes de sainetero malogrado, había sabido revestir de atractivos coloristas, como una puesta de sol en la caleta malagueña.

Pero Gambola preparaba su, desquite; se le había ocurrido una idea diabólica, y se regocijaba por dentro al pensar en su realización. Mientras estallaba la nube que sobre la cabeza de loe pobres chicos se cernía, éstos no tuvieron más martirio ni más aflicción durante la semana de San Ignacio que el que les provenía de los miembros pedestres del hermano Pedrell, que a la cabeza, de la primera brigada llenaba, el ámbito de la capilla con emanaciones de piara y efluvios trágicos de caballería muerta.

* *

Quiso el cielo que en el paseo de aquel jueves por la tarde coincidiesen en la misma terna Alfonsito Gómez y Antonio Monteros. Era raro aquello, pues era prurito especial de todos los inspectores no poner nunca juntos, ni en el paseo, ni en el comedor, ni en las filas dentro del colegio, a aquellos chicos de quienes sospechaban que simpatizaban demasiado entre sí.

¿Cómo sabiendo Gambola lo aficionado que se mostraba Monteros, de algunos días a aquella parte, al trato y coloquio con Alfonsito, los ponía juntos en las ternas de esta tarde?... ! Misterio ¡

Federico Anglada, el chico pálido y de los ojos brillantes, siempre un poco concentrado en sí mismo, ocupaba el tercer lugar de la terna.

El paseo de hoy fue al campo por la vía del tren de Alicante, en medio de la dulzura infinita de la huerta, que ya empezaba a verdear en un anticipo de primavera. La terna de Monteros iba en el centro de la brigada, de modo que no caía cerca de. ninguno de los dos inspectores, que acostumbraban a colocarse a la cabeza y a la cola. Bien pronto Anglada quedó casi excluido del diálogo, y Alfonso y Monteros, muy juntos, muy confidenciales, hablaron así:

—¿Cuándo viene otra vez tu familia?—preguntó Monteros.

-El domingo.

- Oye... ¿tú sabes si tu hermana tiene... novio?

- No quiere. La última vez que estuvo aquí me contó que pocos días antes le había salido uno allá en Hellín: el hijo del secretario del Ayuntamiento, y que ella, para reírse de él, lo citó una noche a la reja y se asomó con una blusa muy descotada y empezó a cruzar las piernas y a darle tirones de la parte baja de la americana, y cuando lo vio ya a punto de dispararse, cerró la ventana de un golpe y le dijo que no volviera más por allí.

Alfonsito hablaba siempre haciendo muecas muy monas con la boca, y Antonio, que no dejaba de mirarlo a los ojos, hubo un momento en que creyó estar aguantando la mirada da la hermana con todo su venenoso fulgor.

Se apartaron a un lado de la vía para dejar paso a un tren, y en el movimiento y en el barullo, Monteros rozó con su mano izquierda la derecha de su amigo; después, como viera

que éste iba a caer al suelo por haber tropezado con el alambre del disco, le cogió por la cintura:
-¿Te has hecho daño?
- No, no ha sido nada.
Anglada se atrevió a decir: —Si no es por éste te matas,
Pero apenas le hicieron caso.

—Oye—tornó a preguntar Antonio—¿Tu has visto alguna vez a tu hermana desnuda?

—¡Ya lo creo! Este verano, en Torrevieja, nos hemos estado bañando juntos en la misma caseta.
—Y... ¿ cómo es ?

—Pues, muy blanca. Como ya.

El chico dijo esto último sin darle importancia. Anglada lo miró con asombro; pero él, con el más escogido de sus mohines, le dijo:
—Qué callado vas, Angladita. ¿ Qué te pasa?

—Nada, que me duele un poco la cabeza—y no volvio a hablar en toda la tarde.

Pero Monteros era cabezudo, y se estaba viendo que quería algo:

-Si tú quisieras hacerme un favor...,
-¿ Qué quieres ?
El grande bajó la voz:

—Que el domingo, cuando venga tu hermana, le pidas un retrato suyo.
-¿ Para qué ?
-Para dármelo a mí.

-¡Anda! ¡Pues mirar que si te la cogen nos hemos divertido!

-Ya me encargaré yo de que no me lo vean. Tú se lo pides diciendo que es para ti.
- Claro! Porque si no, no me lo da.
-¿ Se lo vas a pedir ?
-Bueno.
-Que no sea muy grande, para que se pueda esconder fácilmente.
-Si ella quisiera....
-¿Qué?—Este verano en Torrevíeja se hizo unos pequeños con todo el pelo suelto y los brazos al aire...—al decir esto accionaba de tal modo que parecía que el que estaba con el pelo suelto y los brazos al aire era él—. Mamá se los cogió y se los quemó todos porque decía que eran una indecencia; te advierto que la blusa era tan transparente que casi se le veían los pechos... Cuando mamá se los cogió, ella pudo esconder uno, y aún debe tenerlo.
- ! Pídeselo ¡

Aquello más bien parecía un mandato que un ruego; ahora fue Alfonsito el que miró al amigo con un poco de susto. ¿ Tan guapa era su hermana y tanto le gustaba a aquel muchacho? Debía ser una cosa loca, porque Monteros añadió, apretando los puños:

—Si consigues que te lo dé, y además otra cosa que es mas fácil, cuando salgamos en Navidad te llevo a una casa de la calle del Hospital, donde vive una que fue criada de mi casa, ¡Ya verás que boca tiene!
Alfonsito se echó a reir:
-Y, ¿ cuál es la otra cosa?

-¡Bah! Lo otro no cuesta nada: que se corte un mechón de pelo y te lo dé envuelto en un papel.

Callaron los dos un largo rato. Anochecía, y la brigada volvía ya al colegio atravesando la huerta; del fondo de las acequias subía el canto de las ranas. Al pasar por junto a una barraca, los chicos se apretujaron uno con otro y apretaron el paso; en la puerta había un montón de gentes que mascullaban unos rezos, y más adentro, una mujer muerta reposaba en una cama entre unos cirios. Los chicos saludaron y suspendieron las conversaciones. Pasado el susto, el primero que habló fue Monteros :
—De modo que quedamos en que...

—En que yo le pediré las dos cosas el domingo, y cuando vengan otra vez, que será muy pronto, me las traerá si quiere.

Era ya de noche, y las sombras le dieron valor al otro para gallear:

—Es que si no quiere, tú y yo no nos hablamos más,

—Ya veremos; yo creo que querrá.

Entraron en la ciudad por la parte del molino. En la calle de los Portales, frente a la confitería de la gorda, que según se decía estaba amicada con el padre Macario, la «Húngara», la hermosísima y apetitosa «Húngara»—¿ por que la llamaban así?— hablaba a la reja con el novio. Los chicos, al pasar, lanzaban miradas de reojo sin ver nada; el galán saludaba muy atento a los dos inspectores. El hermano Pedrell, con pretexto de devolverle el saludo, miraba un rato con descaro al interior de la casa.

En la calle de al lado vivía la loca, la pobre e inofensiva loca, presa dentro de su casa, y siempre mirando a la calle sentada a la enorme reja de su habitación. Se llamaba Antonina, y con sus pelos grises en desorden y las facciones afiladas y terrosas, parecía un espectro que esperase a alguien que no venía nunca allí, al pie de aquella reja. Esta noche también estaba, y el padre Gambola ordenó que la brigada pasase por su acera para verla una vez más da cerca. Quería, sin duda, que los chicos, entre aquella visión y la del cadáver de la huerta, visto un poco antes, tuviesen aquella noche un sueño tranquilo. . .

En la promulgación de dignidades del día de la Purísima, Alfonsito Gómez fué proclamado brigadier de la primera brigada.

En el pensionado era la dignidad más alta a que se podía aspirar, y con el fajín celeste ciñéndole y haciéndole más delgado el talle, los tres galones de oro sobre la bocamanga del uniforme, y la cinta de congregante, también celeste y blanca estaba como para comérselo.

En la visita de aquella misma tarde, su hermana María pro puso que abandonase la familia los asientos de la sala y fuese a dar una vuelta por el amplio claustro de la portería, antes, había hecho una seña a su hermano, y este entendió perfectamente.

. El claustro, sobre todo por aquel de sus lados que confinaba con el llamado patio de la carpintería, estaba casi solitario; no le fue difícil a María, aprovechando una breve distracción de sus padres, sacar un envoltorio del manguito y entregarlo o su hermano, que se apresuró a guardarlo en el faldón de la levita del uniforme.

Guando tres domingos antes le había hecho la petición, la chica se había echado a reír; lo del pelo, bueno, no tenía inconveniente; precisamente uno de aquellos días tenía que recortarse las puntas, y no le costaba ningún trabajo guardar un poco. Lo del retrato ya era otra cosa; no tenia más que uno, y además no recordaba donde lo había escondido.

Alfonso tuvo que amenazarla:

—Me lo traes o se lo digo a mama, para que registre bien por toda la casa y te lo quite. Yo no lo quiero más que para tenerlo el tiempo que esté en el colegio, y te juro que en el verano te lo devolveré.

Prometió ella formalmente traérselo para el día de la Purísima; pero, como a pesar de sus diez y seis años le molestaba mucho pasar por tonta, le dijo al despedirse aquel día:

—Te advierto que casi me figuro para quien es el retrato.

—¡Qué tonta eres! ¡Para quién ha de ser Para mí. ¿Voy a ser yo capaz de dárselo a nadie ?

Pero ella sonreía satisfecha de aquellas locuras que su cuerpo de niña comenzaba a producir. Siguiendo así, cuando tuviese veinte años los hombres serían capaces de matarse por ella.

Federico Anglada recibía hoy también la visita de su padre; no tenía madre, y aquél venía a verle dos o tres veces en el año, aunque vivía en Murcia, a dos horas de tren del colegio. El chico se le quejaba con insistencia; no estaba bueno, sentía con frecuencia dolores de cabeza, y a ciertas horas del día, unas tristezas que casi le hacían llorar muchas veces. Luego, el padre Gambola la tenía tomada con él; lo castigaba por cualquier pequeñez, y a veces !se lo juraba a su padre! sin el menor motivo. ¿ Por qué no le sacaban de allí ? En el Instituto de Murcia podría estudiar los tres años que le faltaban del bachillerato... Por lo menos se podía probar un año, y si no aprovechaba, que lo volviese a encerrar en Santo Domingo para toda la vida.

El padre le echaba la mano por el hombro y con tono cariñoso le decía:
—!Válgame) Dios, hijo mío! ¿Qué podré yo querer más que tu bien ? ¿ Tú crees que a mí no me gustaría tenerte conmigo en. casa siempre, en aquella casa tan sola desde que murió tu pobre madre?.'. Pero no hay más remedio; tienes que hacerte hombre.
Pasará el tiempo, llegarás a ser un hombre, y entonces me agradecerás el que te haya traído aquí, y te acordarás de lo que ahora te estoy diciendo... Dices tú en el Instituto... Allí no enseñan una palabra; el otro día en el Casino le preguntaron al hijo de Casimiro Martínez, que tiene todos los años sobresalientes, cuál es la capital de Francia, y contestó que Burdeos.
—Querría decir cuando los alemanes aprietan.
—No, hijo mío, no; lo primero es hacerse hombre.
Las camarillas de Alfonso Gómez y de Monteros estaban la una frente a la otra; aquella misma tarde, y cuando terminada la visita iban los colegiales a ponerse el abrigo y la gorra para el paseo, Alfonso, en el pasillo mismo del dormitorio, entregó a su amigo el envoltorio que le había dado su hermana. Abultaba muy poco, y Monteros refugióse con él en su camarilla.
De espaldas a la mirilla de la puerta, y tan nervioso que le temblaban las manos, abrió el paquete; salió de él un olor a cuerpo limpio de mujercita, que al chico le hizo temblar. El retrato era del tamaño de una carta corriente, y tal y como el hermano lo había descrito; la muchacha allí estaba más diabólica que en la sala de visitas del colegio; uno de los bucles del pelo le caía por delante de hombro, y venía a terminar, ¡oh, divina coincidencia ! en medio del pecho, y junto a un punto negro, que no se sabía si era una mancha de la blusa o algo que hubiese bajo ella como una consigna del sexo; los ojos los tenía entornados, y lo poco que se veía de ellos parecía brillar más bajo la cortina de los párpados. Los brazos, al aire, eran blancos como la leche.
El mechón de palos estaba anillado, formando un caracol sedoso; olía como aquel domingo en la visita, cuando la cabellera de su dueña se paseó por toda la cara del joven. Lo desenredó y vio que era mucho más largo de lo que parecía. Antes de volverlo a liar en el papel de seda se lo llevó a los labios y lo chupó como a un caramelo de los Alpes.
Pero le urgía estrenar el retrato; y allí mismo, en la. camarilla, espiando cualquier movimiento que pudiese acusar el paso de cualquiera de loa inspectores, tuvo lugar e! estreno. Con la mano derecha sujetaba la efigie ante los ojos, llevándola a la boca, de cuando en cuando para estampar en ella un beso; la mano izquierda no estaba ociosa...
El apuro de que pudiesen sorprenderlo era un aliciente más en el sacrificio por el ser amado, que siempre va envuelto en esta clase de homenaje. Cuando tocaron para salir de las camarillas
ya el árbol solitario, en medio de la llanura, había dado sus frutos.
Muy de prisa hubo de ponerse el abrigo, y salió a formar en la fila, no sin antes esconderse a María entra el; chaleco y la camisa.

Habia en el colegio un padre encargado a la sazón de la inspección de la segunda brigada, que realmente era un tipo famoso.
Se llamaba Wauters de apellido y era belga, y el que estas líneas traza, jura por su honor que más de una vez, al oír en estos últimos meses pésames y condolencias por la suerte de los pobrecitos belgas, ha sentido en su interior un poco de alegría sólo al pensar en que los ahora castigados por el destino son paisanos del jesuita famoso.
Acerca de su pasado circulaban historias pintorescas. Se decía por unos que allá en su tierra era comisionista de una fábrica de corsés, y que un día se escapó con unos cuantos de esos confidenciales artefactos, siendo detenido y condenado por robo y abuso de confianza a unos cuantos meses de arresto. Por desgracia para los. pobres chicos de la segunda brigada, la condena no fue a cadena perpetúa o por lo menos a muerte, aunque, según otros historiadores, bien lo merecía, pues era un asesinato, un verdadero asesinato cometido en la persona de la pupila de una macebia lo que le había hecho salir huyendo de su país y caer de plano en el noviciado de Loyola, donde él, que no tuvo nunca una peseta, incurrió en el humorismo de hacer voto de pobreza
Había en él, desde luego, y fuese o no verdad lo de la pupila asesinada, algo y aun mucho, del criminal nato. Era rubio, con la cara torcida y trompuda, y os ojos, que velaban unas gafas, tan

azules que parecían blancos. ¿ Qué misterio había en la vida de aquel tío, y por qué era el único jesuita extranjero que había en todos los colegios de España?.

A lo mejor, en el comedor o en el estudio, mandaba poner de píe o de rodillas a uno de !os chicos que, positivamente, no había incurrido en falta alguna; este medio de castigar inocentes sólo lo practicaban en el colegio el y Gambola, y observábase que tanto el uno como el otro, elegían siempre como víctimas de sus atrocidades a los niños más débiles y enfermizos, a los de menos resistencia física, criaturas pálidas y flojas todas ellas, que nunca pudieron explicarse qué extraño poder era el que así les perseguía.

Siendo como era el padre Wauters, ¿quién podía ser su mejor y casi único amigo dentro de la Comunidad ? Ya lo hemos dado a entender: el padre Gambola. Les unía la identidad de aficiones, y en aquellos días se les veía mucho cuchichear a los dos durante e! recreo de los chicos y en las horas en que éstos estaban en clase.

A los cuchicheos se agregaba a veces el padre Fernández, profesor de Filosofía, un navarro de tipo más cómico que trágico, para el cual la .vida toda no tenía más que un objetivo: saberlo todo, enterarse de todo y adivinar aun las intenciones de loa chicos antes de que hubieran tenido tiempo de convertirse en actos. Anticipándose algunos años a Nick Carter y a Serlock Holmes, era el policía magno de las brigadas, a las cuales espiaba de continuo, aunque y esto era lo que él lamentaba, por puro diletantismo, pues fuera de sus clases no tenía autoridad alguna sobre los chicos. Se vengaba soltándoles indirectas, ¡las famosas indirectas del padre Fernández!, en las qua demostraba cómo en el colegio no se movía una hoja de los árboles de la huerta sin que él lo supiese, y constituyendo para ellos un verdadero fantasma; a lo mejor, un chico, en el recreo alzaba los ojos al cielo para seguir la trayectoria llevada por un balón; al que su puño había dado vigoroso impulso, y allá, en lo alto de las ventanas de las camarillas, se tropezaba con los ojos del padre Fernández, que muy quieto, como un mochuelo en la copa de un árbol, vigilaba todo lo que pasaba en el recreo. El chico se apresuraba a bajar la vista, y se guardaba muy bien de confiar el descubrimiento a los compañeros.

A pesar de todo, Fernández era un hombre honrado y justo, como bien pronto se vio.

En las conversaciones de los tres padres, aunque todos estaban conformes en lo principal, se discutían los detalles, y en esas discusiones siempre resultaba vencido Fernández por el voto mancomunado de Wauters y Gambola. Cerca de un mes duraron los conciliábulos, y llegado ya el momento de coger el fruto de la discusión, los tres se separaron para no volver a hablarse en público. ¿Para qué? Lo tenían ya todo hablado.

* * *

En el Colegio de Santo Domingo hizo su aparición la cuarta brigada. Ello equivalía a decir que había aparecido la lepra en medio de un pueblo de hombres sanos.

Las brigadas, de ordinario, eran tres; pero cuando la maldad y el vicio hacían su aparición entre los alumnos de cualquier brigada de un modo colectivo, se constituía en cuarta, que no era más que la agrupación que se formaba con la gangrena de los malos para que no contaminasen el alma, pura de los buenos.

Por el colegio entero pasaba una ráfaga de terror y de espanto: la cuarta era la bestia del Apocalipsis, y de acuerdo con las causas que motivaban su formación, se le aplicaba un régimen de bestia que pudiéramos llamar quirúrgico. Los chicos que formaban parte de ella comenzaban por levantarse una hora antes que los demás; el estudio lo hacían en una habitación apartada, donde Los pupitres estaban separados unos de otros lo suficiente para que el alumno no pudiese reclinar su espinazo; y la misa la oían toda de rodillas y al final de la capilla, asi como las comidas, en una mesa apartada, colocada en el centro del comedor.

No se reunían los de la cuarta con el resto de sus compañeros más que a las horas de clases, y ello porque era inevitable; fuera de eso, era el apartamiento absoluto, el régimen de lazareto; eran los apestados, a quienes instintivamente huían todos. No habrá que decir que para ellos no había recreos ni permiso de hablar en las comidas los jueves y domingos, ni paseos, ni nada que lo pareciese ; a lo sumo, cuando llevaban ya unos cuantos días de martirio y el color se les quebraba, los sacaban a la huerta durante el recreo, silenciosos, en formación, y con la . vista baja al suelo. Así pasaban como una. cuerda de presos por entre los patios de recreo, camino

obligado para ir a la huerta, cosechando el desprecio compasivo de los compañeros que saltaban y reían con sus juegos alocados.
Para inspector de la cuarta, el padre Rector había señalado al padre Clavel. Esta fue la primera sorpresa, no ya de los llamados a ingresar en ella, sino de todo el colegio; lo corriente era designar para el cargo a cualquier padre de los que tenían fama de verdugo, un Gambola o un Wauters, por ejemplo. El bueno de Clavel, pensando sin embargo en que el régimen que él había de aplicar era un régimen de castigo, apretó con mano dura las clavijas de la excepcional disciplina, aunque sin descender a extremos que dañan la salud y rebajan la dignidad humana.
Cuando el padre Martínez, dignísimo Rector del colegio, recibió días antes la visita de los tres conjurados, Wauters, Fernández y Gambola, que iban a pedirle la formación de la cuarta brigada, lo primero que hizo fue alarmarse:
—Miren ustedes que eso es una cosa muy grave. En los tres años que llevo de Rector en esta casa no me be visto nunca obligado a recurrir a ese extremo.
El padre Wauters, con su voz antipática, y su castellano chapurrado, habló por todos:
—Es que las cosas, Reverendo padre, han llegado ya a un extremo que yo, sin esa medida ejemplar, no me atrevo a responder de mi brigada. El padre Gambola ya no responde, de la suya, y en cuanta al padre Fernández, que nos acompaña, él dirá a vuestra reverencia cómo en las clases nota ya el pernicioso influjo del pensionado...
—Así es, padre Rector—añadió el aludido.
El reglamento interior del colegio mandaba que no pudiera llegarse a la formación de la cuarta brigada sin que lo solicitasen del padre Rector por los menos dos inspectores de dos brigadas distintas y un padre profesor. A Gambola, al ver el regocijo con que los chicos habían pasado la semana de los ejercicios, se le ocurrió tomar su desquite, y para ello no imaginó cosa mejor que promover la formación de la cuarta brigada en cuanto hubiera pretexto para ello; el pretexto se lo dieran las cosas que venían ocurriendo en la primera con la hermana de Alfonsito Gómez. A sus oídos, casi siempre llenos de cerumen por no meterse el dedo, llegaron palabras sueltas de algunas conversaciones que los chicos tenían, y como no se le había escapado lo que ocurría entre Alfonso y Monteros, tramó la conspiración de ponerlos juntos en la misma terna en aquel paseo famoso; ellos mismos se encargarían de darle hecho lo demás.
Pero hacía falta un muchacho que hiciese de delator, y para ello pensó en Federico Anglada, no porque el chico tuviese fama de acusica, sino porque conociendo lo apocado y débil de su carácter imaginó quo no había de ser difícil amedrentarle y extraerle por el miedo lo que hubiese oído.
Una noche, durante el estudio, Federico fue llamado por Gambola fuera del salón; atravesaron uno y otro varios pasillos y estancias del colegio, que a aquellas horas, en su amplitud de antiguo convento de dominicos, infundían pavor al ánimo del muchacho, y por fin se detuvieron a la puerta de un cuarto misterioso que caía hacia la parte más solitaria de la casa; la leyenda decía que en aquel cuarto se guardaban los ataúdes destinados a recoger los cuerpos de los padres, cuando a sus almas llegase la hora de emprender el raid celeste y definitivo. Gambola, muy suave, como quien habla de algo que ya no tiene remedio, dijo así:
—Lo sé todo; me lo han confesado todo Monteros y el propio Gómez. Sé lo que hablasteis los tres en el paseo de hace un mes, cuando fuisteis juntos en la misma terna. Sé también que tú eres el menos culpable, y por eso, para que tu castigo sea menor—pues castigo has de llevar, naturalmente—tienes un medio muy sencillo: escríbeme en un papel toda la conversación de aquella tarde, sin omitir ni un detalle. Ya te he dicho que el padre Rector y yo la conocemos al dedillo, de modo que si mientes u ocultas algo, no quiero decirte lo que te va a pasar...
El chico se echó a llorar; el patológico religioso, para consolarle, le dijo:
—Si no estás decidido a hacerlo podemos hacer una cosa: entras en este cuarto—al de los ataúdes—y meditas hasta que te decidas...
Anglada le interrumpió frenético;
—No, padre, no; yo lo contaré todo, se lo prometo.
- ¡Muy bien, hijo mío! Es lo mejor que podías hacer... Mañana, durante el recreo de la tarde, te quedas en el estudio y me escribes ese papel.

Y así fue; el muchacho se avino a ello, lo primero, por miedo, y lo segundo, por creer de buena fe que Gómez y el otro se habían acusado a sí mismos. Mientras escribía, contándolo todo, hasta lo del retrato y el mechón de pelos, tenía la conciencia de estar realizando la bajeza mayor que había realizado en su vida, y aún fue preciso que pasaran muchos años para realizar algo parecido; en el papel se le caían unas lágrimas que luego, al verlas Gambola, fueron el motivo principal de su alegría.

El famoso documento fué el que sirvió al padre Rector para decidirse; pero había en él una cosa muy grave, que podía ser una complicación: uno de los acusados era Alfonsito Gómez, el brigadier de la primera brigada, la primera dignidad del pensionado, y de antiguo, uno de los mejores alumnos del colegio. Incluirlo en la cuarta, brigada sería dar un escándalo abominable... Fernández en esto, era inflexible, y de ahí su discrepancia con sus dos compañeros; ante el padre Rector lo dijo con toda valentia.

-El primero que debía ir a la cuarta era Alfonsito Gómez; de lo contrario, la formación de la terrible brigada le parecía un castigo sin ejemplaridad, y votaba porque no se llegase a constituir, siempre, claro es, salvando la opinión del reverendo padre Rector.

Este, con el papel escrito por Anglada en la mano, dijo al cabo de una pausa pensativa:

—Yo también pienso como el padre Fernández. O todos, o ninguno. Nuestro padre San Ignacio nos prohíbe tener preferencias por ninguno de nuestros alumnos; todos son nuestros hijos, y, cuando enferman del alma, a todos hemos de sanarlos.

Gambola y Wauters cambiaron una rápida mirada de inteligencia; aquél habló, poniéndose muy colorado:

—Es que, reverendo padre, hay algo de lo que dice ese papel que no es verdad; mís averiguaciones posteriores, que desgraciadamente no he pedido consignar por escrito, demuestran que el señor Gómez no tiene culpa ninguna. El rechazó con energía las palabras de Monteros, más de una vez mandó callar a él y a Anglada, que es el más culpable de todos, pues fue el que inició el asunto.

—¿No estará usted equivocado, padre Gambola?

—No, reverendo padre.

—¿ Lo afirmaría usted así ante nuestro padre San Ignacio y en la hora de su muerte ?

—Así lo afirmaría.

Ahora fueron el Rector y Fernández los que. se miraron dándose por vencidos; no se podía desmentir, ni aun iniciar una discusión siquiera, con quien ahora ofrecía en holocausto su propia conciencia. Fernández asintió y se avergonzó de haber dado aquel paso.

Se formo la brigada, y claro es que al lindo Alfonsito Gómez nadie lo molestó para nada. Además de Anglada y Monteros, ingresaron en el lazareto seis chicos más; uno de ellos de conducta intachable hasta aquel momento, congregante siempre, y uno de los más íntimos amigos .de Alfonsito. Se le acusaba como a los demás, de haber mantenido conversaciones deshonestas acerca de la hermana de éste, y aun de haber querido pervertir al hermano. El chico era el más afligido de todos; al verse allí, rodeado de aquellos réprobos, él que siempre había estado entre los buenos, estaba como esas chicas honradas a quienes un desliz con el novio convierte en pupilas de una mancebía, y se consuelan de su bochorno llorando en cuanto nadie las ve.

Monteros aceptó aquello con, calma; en las horas plúmbeas e interminables del estudio, la calma se convertía en su poquito de voluptuosidad, ya que ofrecía todos aquellos trabajos a los pies de María, la judía peligrosa, cuya imagen no se apartaba de su mente, y cuyo retrato no dejaba de contemplar ni un solo día al acostarse y al levantarse y siempre que iba al retrete. Ella le había traído a aquel estado, y aquella idea le servía de consuelo... Al tropezarse, con las demás brigadas, y aunque les obligaban a andar por el colegio con los ojos bajos, él los alzaba con rapidez y lanzaba una mirada de cariño al final de la primera, donde iba Alfonsito. Este, muchas veces le contestaba con una sonrisa imperceptible, torciendo la boquita en un mohín de nene mimado.

La cuarta seguía su paseo hacia la huerta con la gallarda figura del padre Clavel en el centro, que también miraba al suelo como si él fuese un castigado más. Alto, erguido, no obstante, parecía uno de esos palos que se ponen junto al tronco de los árboles jóvenes para que no se

tuerzan... Y los chicos, lívidos, sombríos, algunos como al congregante, con señal de llanto en los ojos, se perdían entre las frondas de la huerta, que ya empezaba a florecer en medio de la paz augusta de la tarde.

Llegó él mes de Mayo; los chicos, alegres, bulliciosos, ante la proximidad de las vacaciones, marchaban de paseo, a cuerpo y con uniforme.

Después de atravesar la ciudad y haberse cruzado tres veces en dos minutos con la jaca del señor Germán, que, con su dueño encima, seguía galopando por el paseo de la estación, en busca de la meta de un «handicap» imaginario, ganaron la via y se encaminaron a la parte del río.

La tarde era hermosa, y la huerta era ya un vergel; tendiendo la vista a derecha e izquierda se veían legiones infinitas do naranjos y limoneros, cortadas a trechos por paradas de alfalfa o sembrados de lechuga. De cuando en cuando, una acequia que serpenteaba o una barraca medio hundida entre el verde; y allá, al fondo, elevado sobre una montaña, el Seminario de San Migue, como atalaya de toda la huerta. Anglada, taciturno, como siempre, recordaba los días terribles de las inundaciones, en que subían todas las brigadas al Seminario para ver el horror trágico de aquella misma huerta convertida, por las aguas del rio, en un espejo infinito de desolación, del que salían como manchas los techos de las barracas.

¡ Qué diferencia con éstas de ahora, adornada con todos los matices, del verde! Pero corno Anglada, sin poderlo remediar, era un pensador, así como otros son unos artríticos o unos tuberculosos, imaginó que acaso sin aquel castigo fecundo de la inundación, la tierra no luciría ahora el tapiz esmeraldino de sus galas.

También sobre el colegio de Santo Domingo de Hortichuela había descargado aquel año la plaga inundatoria de la cuarta brigada; fueron dos meses de pesadilla, de trastornos nerviosos, que, al fin, y gracias a la buena conducta de los apestados, había terminado con la disolución de aquel trasunto del Báratro, y la vuelta de los leprosos—ya sanos—al seno de sus compañeros.

¿Sanos?... Había que creerlo, y esa era al menos la verdad oficial. Sin duda, era preciso sufrir, padecer, para «hacerse hombre», como hubiera dicho su padre, y esta alegría de ahora, esta paz—a la que contribuía no poco la tarde de Mayo y la proximidad de las vacaciones—, acaso no era más que la consecuencia benéfica del castigo, que como el cauterio o como las aguas del rio Segura cuando se desbordaban por la huerta, al dañar, curaba. Cerca ya del gran puente de hierro del ferrocarril, vieron venir hacia ellos un grupo de criaturas; no eran los compañeros de las otras brigadas, ni los alumnos del Seminario, ni los humildes y obscuros de San José; eran las chicas del colegio de Jesús y María, que tornaban a la ciudad después de haber pasado un día de campo.

Los inspectores se alarmaron; corno si lo que allí, venía fuese un enjambre de insectos malignos o una punta de ganado vacuno, comenzaron a tomar sus medidas para que los chicos se apartasen bien a un lado de la vía y dejasen pasar aquello; al mismo tiempo dieron orden a la primera terna de apretar el paso para que el peligro pasase pronto, Y pasó; las chicas salían poco a ía calle, y quizá aquella fuese la segunda vez que los de Santo Domingo se cruzaban con ellas en todo el curso. Su colegio, como si una mano previsora hubiese señalado el sitio, estaba en un extremo de la ciudad, opuesto al que ocupaba Santo Domingo.

Las muchachas venían muy coloradas por el día de sol y por el paseo, y por ello no pudieron ruborizarse debidamente al pasar; algunas eran muy feas; otras, vulgares; pero había diez o doce de una hermosura en brote, que casaba muy bien con el paisaje. Vestían de negro, con fajín encarnado, y aunque el vestido les cubría hasta empalmar con la bota alta, dejaba espacio para que se apreciase el comienzo de una pantorrilla, que las madres habían cometido el crimen de enfundar en burda media de lana.

Toda la vigilancia de Pedrell y Gambola no pudo evitar que se cruzasen miradas de apetito, que algunos ojos se bajasen al notar que otros ojos los devoraban, y que más de una boca se abriese, y no para rezar una oración, Si una mano piadosa hu-, biese roto en un momento los lazos de la disciplina, ¡qué bien se hubiesen completado por entre aquellos vergeles de la huerta aquellas dos partes de la Humanidad en canuto.!... Pero pasaron, y pobre del chico que se hubiera atrevido a volver la cabeza; los horrores de la cuarta brigada caerían al punto sobre él, ya que el

pecado más grave que puede cometer un nieto de San Ignacio es el de acordarse de que en cierta encrucijada de su cuerpo ha puesto Natura un tubo lanzatorpedos.
Ál llegar al puente, y contra la costumbre, Gambola ordenó que en vez de pasarla bajase la brigada a la orilla misma del río por entre los cañaverales de la izquierda.
El Segura allí, corría casi como por un barranco, cuyas laderas estaban cubiertas de cañas y de una arena finísima; al llegar a una especie de playa, el inspector dio la señal de romper ternas. Por lo visto hoy se había levantado de buen humor, pues aquello era un premio que rara vez se concedía. Rotas las temas, cada cual podía entregarse a su ocupación favorita: dormir, jugar con los compañeros, contar cuentos... Eran unos minutos de libertad absoluta.
Anglada, solo, fue a !a orilla misma del rio; mojóse en él las manos, y, como era pensador, no pudo menos de pensar en lo mansito que corría ahora el traidor que, al hinchársele las narices en invierno, saltaba por encima de aquel barranco, y aun por encima del puente de hierro, que aparecía allí en lo alto entre las cañas como un peligro sobre su cabeza. También Gambola, como el rio, llevaba unos días en que estaba completamente amansado.
El chico se apartó de la orilla y comenzó a subir por la ladera sin más propósito que hallar un lugar recogido donde poder tumbarse. Subía agarrándose a los troncos de las cañas, hundiéndosele los pies en la arena, y al llevar ascendido un trecho dejó de oír las voces y risas de los compañeros. Ello le agradó sobremanera; allí mismo eligió un paraje confortable, aislado del mundo, y fue a tenderse para, en unos momentos, olvidarse de que existía.

En la serenidad de la tarde, oyó un rumorcillo qua le extrañó; era así como el susurro de dos personas que hablasen bajito, y se oía bastante cercano.
¿ Qué sería aquello ? Imposible distinguía las voces, pues su timbre se apagaba en la opacidad del cuchicheo; pero él quería enterarse, y tenía al mismo tiempo el temor de que los otros le sorprendiesen y le tornasen por un acusica. Fue avanzando poco a poco con cautela, deteniéndose cada vez que en su avance producía un ruido delator; se oía lejos el canto de los mil insectos del campo, y el murmullo de la corriente del río como un contrapunto.
Al fin, y cuando ya casi oía lo que hablaban, sacó la cabeza por entre un macizo de cañas y vio allí, a sus pies, y como a unos tres metros de distancia, un cuadro que le emocionó. Era algo mitológico, un trasunto de «Dafnes y Cloe».
Tendido en el suelo, boca arriba, y con las manos sirviéndole de almohada a la cabeza, estaba Alfonsito Gómez con los ojos clavados en el cielo y la boca alargada en una sonrisa de placer. A su lado, tendido también, pero panza abajo, se había instalado Antonio Monteros, y con la mano diestra, ¡ahora más diestra que nunca!, había iniciado unos escarceos en la conciencia de su amigo.
Antonio, mientras accionaba, hablaba también:
-¿ Sabes que cada vez te pareces más a tu hermana ?
Alfonsito no contestaba más que con una sonrisa. Había adoptado la actitud pasiva de siempre frente a las asiduidades de los demás y como el jefe, de un ejército que deja al contrario la iniciativa del ataque, se dejaba querer, mirando al cielo, donde pensaba trasladarse dentro de poco gracias a la labor altruista del amigo.
Anglada, desde su escondite, veía todo aquello, y como era un pensador pensaba en la lujuria atroz de la tarde con el olor de los naranjos, pensaba en el encuentro de antes con las niñas de Jesús y María, pensaba en la hermana de Alfonsito, a quien en aquel momento se hacía Monteros la ilusión de estar acariciando, pensaba en el martirio de aquella naturaleza fogosa condenada a un continuo cercén de sus desahogos, y, pensando todo esto..., disculpaba a Monteros y a todos los Monteros que hubiera en el mundo.
Pero el fin de la escena vino a cortar sus pensamientos; ya Alfonsito contraía su boca con una sonrisa dolorosa. Se quejó levemente, y, como si obedeciese a una señal dada en lo alto del cielo, Monteros buscó con la suya la boca del amigo, y en el campo no fue sólo el río Segura el que corrió sin freno a buscar la esterilidad del mar,
Anglada, aunque no era el momento más a propósito, se acordó de su padre y de la frase que empleaba como supremo argumento.
—Hay que hacerse hombre, hijo mío. Para eso estás en el colegio..,

¿Era aquello «hacerse hombre»? Acaso sí, ya que el hombre, por lo visto, no era más que un saco de lascivias y da morbosidades.
Tuvo un momento de duda. Aquellos, Gómez y Monteros, entendían la vida; por un momento le entraron ganas de imitarles. ¿Por qué no ? Volvió a su sitio de antes, y, pensando ¡era un pensador! en la hermana de Alfonso, pensando en la confitera gorda de la calle de los Portales, pensando en las colegialitas que acababa de ver hizo una ofrenda convulsiva en el ara de de los sacrificios estériles.
¡Había que hacerle hombre ¡
Se terminaba el curso; algunos chicos se habían marchado ya aquella mañana, y los demás se iban esta tarde.
En el vestíbulo de las clases de cuarto y quinto año, que comunicaba con el claustro de visitas, algunos jesuítas se despedías de sus alumnos. Allí estaban el padre Rector, y los padres Clavel, Fernández, Gambola y algún otro.
Clavel estaba triste; para él, éste del comienzo de las vacaciones era el día más triste del año; ante un grupo de chicos hacía las últimas recomendaciones:
—Sobre todo, hay dos cosas que no debéis olvidar por nada de este mundo; la comunión el primer domingo de cada mes y el avemaria al tiempo de acostaros.
Entre los que le escuchaban, había dos que no volverían más al colegio: Anglada, pues su padre accedía al fin a sus súplicas y lo ponía a estudiar en Murcia, y Alfonsito Gómez, cuya familia se iba a vivir a Madrid y no quería tener al chico tan lejos. El padre Clavel lo sabía, y se encaró con ellos para decirles :
—Y a vosotros dos, ¿qué queréis que os diga.? ¡ Sólo Dios sabe lo que será de vosotros! Hemos estado aquí todos juntos unos años como corderillos de una misma majada, y de pronto viene el lobo, el ganado se dispersa y cada cual toma para un lado distinto. Yo sólo os pido que cuando pasen los años olvidéis todo lo malo que os haya, podido ocurrir en el colegio, y no recordéis más que lo bueno; olvidar los castigos; las reprimendas, las malas notas, las molestias y las injusticias que con vosotros hayan pedido cometerse; y acordaos tan sólo de la oración que se os enseñó, de los buenos consejos que se os dieron, de cuando sufríais y un jesuita os consoló en el Santo Tribunal de la Penitencia. Adiós, hijos míos...
Y mientras los chicos le besaban la mano, conmovidos, él les decía:
—No quiero que os marchéis sin perdonarme el daño que yo mismo os haya podido hacer. Sí, decidme que me lo perdonáis, que,..,
Pero no pudo acabar; se apartó a un lado, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Lágrimas santas, lágrimas sin impureza alguna, como las que pudiera verter una madre al ver a sus hijos partir para una guerra, de la que difícilmente volverían.
El padre Rector no era hombre de lágrimas; al despedir a los chicos, sólo les dijo, con su dignidad de siempre:
—Ya sabéis que nuestros alumnos no dejan de serlo porque se vayan del colegio. Esta casa será siempre la vuestra, y cuando nos necesitéis para algo, no vaciléis en acudir a nosotros, seguros de que nos encontraréis, vengáis de donde vengáis... Aunque vengáis de las filas de nuestros enemigos.
Salían ya, y el grupo de padres los miraban alejarse por el claustro.
Gambola llamó a Alfonsito Gómez, y allí, delante de todos, en un rapto patológico de... lo que fuese, le estampó un beso en el carrillo derecho que sonó como un disparo.
El padre Clavel le miró con los ojos inyectados, de ira. El Rector no supo que hacer.
En los oídos de los chicos resonaban aún las palabras de Clavel:
—Olvidad todo lo malo que hayamos podido haceros..

